Por su parte, el colectivo de homeópatas ha reaccionado ante lo que consideran un ataque desmedido y feroz avivado, según creen, por intereses políticos y económicos. Al fin y al cabo, sus productos son más baratos que los convencionales y en países como Francia o Alemania, donde la homeopatía está plenamente reconocida, compiten fuertemente con los medicamentos químicos, llevándose una jugosa parte de la factura farmacéutica.

PUNTOS DÉBILES.

Los detractores de los procedimientos ideados por Samuel Hahnemann (nombre del médico que creó esta disciplina hace 200 años) sostienen que no existen ensayos clínicos convencionales que puedan demostrar de manera fehaciente las ventajas de la homeopatía. Ciertamente, si pusiéramos en una balanza todos los trabajos llevados a cabo con estos productos nos encontraríamos con que el peso de los que han hallado beneficios se reparte prácticamente al 50% con los que desechan esta opción terapéutica.

De hecho, en 1997 'The' 'Lancet' publicó otro análisis concluyendo que las ventajas de este procedimiento curativo no eran atribuibles al efecto placebo; motivo real por el que, según esgrimen los que no creen en ella, funciona. El fenómeno del placebo, ampliamente estudiado y aceptado en ciencia aunque también parte de un planteamiento poco racional, se basa en que el paciente se cura por autosugestión, por su deseo de sanar y porque está convencido de que lo que le recetan funciona.

Como contrapartida, los homeópatas esgrimen que el efecto placebo no es compatible con el éxito que obtienen en el tratamiento de problemas pediátricos y veterinarios, ya que ni los niños ni los animales tienen capacidad para sugestionarse de esta forma ni de autoconvencerse de que quieren curarse. Entre otras cosas porque, en la mayoría de las ocasiones, ni siquiera perciben que están enfermos.

En cualquier caso, y a pesar de que los partidarios de la homeopatía recalcan que sus fundamentos, con fuertes connotaciones filosóficas y místicas, no se pueden ajustar al método científico convencional, no van a tener más remedio que pasar una serie de filtros que validen su práctica, sobre todo si se pretende que, como ya ocurre en muchos países, el Estado corra con parte de los gastos que genera.

Ésa es, precisamente, la batalla que vienen librando desde hace años los que luchan por arrojar un poco de luz en este tema. ¿Cómo elaborar un ensayo riguroso con homeopatía cuyos resultados sean susceptibles de ser aceptados por la comunidad científica? Hace un par de años, 'Medicina' 'Clínica' se hacía eco de un artículo en el que se resalta que «la investigación [en homeopatía] está en su infancia» y que un punto crucial a la hora de posicionar este procedimiento es «repetir los estudios que hayan obtenido resultados favorables», para confirmar su valor.

Además, habría que consensuar con los homeópatas de prestigio el diseño de ensayos doble ciego; un criterio muy valorado en ciencia basado en que ni los pacientes ni los investigadores saben qué está tomando cada uno para evitar sesgos.

Un camino viable, según propone el autor, Francesc Borrell i Carrió, profesor asociado de la Facultad de Medicina de la Universidad de Barcelona y médico de familia, sería escoger, aleatoriamente, dos muestras de individuos y comparar su evolución según unos criterios previamente validados y acordados con especialistas en homeopatía. Todos pasarían por la consulta de este tipo, pero sólo la mitad recibiría una prescripción sin importar el producto concreto, dado que este en este procedimiento se administran los remedios en función de las características de cada paciente, por lo que el mismo síntoma se puede tratar con remedios diversos según el individuo. La otra mitad, y también al azar, tomaría un placebo de aspecto idéntico al preparado homeopático para comparar su evolución con la del resto de la muestra.

«El deber ético de cualquier clínico es demostrar la validez de sus métodos. La homeopatía, como otras prácticas alternativas y la misma medicina alopática [la que consideramos convencional] tiene que realizar estudios rigurosos para sumar sus conocimientos a los de la medicina basada en la evidencia», apunta el artículo.

PUNTOS FUERTES.

Sin embargo, tal y como se reconoce en el metaanálisis publicado en 'The' 'Lancet', así como en los comentarios que lo acompañan, la medicina alopática tiene varias lecciones que aprender de la homeopatía. La esencial es el acercamiento a la enfermedad de una manera global (tener en cuenta la situación general de cada paciente y no sólo sus síntomas) y potenciar la relación médico-paciente.

Desgraciadamente, en la actualidad un médico alopático no puede, aunque quiera, dedicar más que un par de minutos a cada uno de sus usuarios. Suele tener la sala de espera abarrotada y, además, está quemado por las deficiencias que se encuentra en el ejercicio de su profesión.

Finalmente, el principal perjudicado es el individuo que se siente como un trozo de carne al que le leen el código de barras al entrar por la puerta y le despachan en un tiempo récord con un fajo de recetas de medicamentos con innumerables efectos secundarios y de pruebas diagnósticas invasivas.

Por si todo esto fuera poco, los innumerables escándalos que en los últimos tiempos han sacudido a la todopoderosa industria farmacéutica han promovido un sentimiento de hastío y desconfianza que ha calado entre el público.

Esta serie de cambios negativos «ha provocado que una de las funciones de la medicina convencional, que es la de ayudar a la gente a soportar las dificultades de la vida, haya perdido importancia», reconoce la doctora J. Caminal Homar, profesora de la Universidad Autónoma de Barcelona, en un editorial incluido en una serie dedicada a la medicina alternativa publicado hace unos meses en 'Atención' 'Primaria'.

Esta experta afirma que existe una clara «asimetría investigadora» en el conjunto de la biomedicina, ya que «se ha centrado más en comprobar la eficacia de determinados fármacos que en averiguar acerca de la educación sanitaria o las intervenciones no farmacológicas útiles para aligerar los malestares cotidianos comunes a la mayoría de la población».

Juan Martín-Ballester, secretario de la Federación Española de Médicos Homeópatas (FEMH) corrobora esta idea. «Hay que tener en cuenta que la primera visita a una consulta homeopática dura entre 60 y 90 minutos, y las siguientes no bajan de media hora. Simplemente, eso ya reconforta al paciente».

En este tiempo, el especialista mantiene una entrevista muy próxima con el usuario, al que pregunta sobre aspectos diversos de su personalidad, sobre su reacción ante la enfermedad, su capacidad de sufrimiento, sus relaciones con el entorno y sus circunstancias personales.

«De esta forma, no sólo puedes eliminar los síntomas, sino que puedes ir al problema de fondo, porque los síntomas suelen llevarte a algo más profundo», apostilla el doctor Martín-Ballester.

Y es que, por regla general, una persona que acuda a su centro de salud aquejado de un dolor opresivo en el pecho tardará menos de cinco minutos en recibir un volante para una placa de tórax y una auscultación rápida con el fin de observar si existe algún problema respiratorio o cardiaco perceptible.

Si esta misma persona tuviera un encuentro más prolongado con un médico quizá llegaría a explicar que un ser querido murió recientemente y el galeno podría asociar esa pena con el malestar que sufre. «Naturalmente, somos conscientes de que actualmente, y tal y como está el sistema sanitario, alcanzar este tipo de relación es un poco utópico, pero no por ello deja de ser efectivo y tampoco menos demandado», apunta el homeópata.

Éste, además, sostiene que prácticamente todos los profesionales de mentalidad abierta, y cada vez mayor número de usuarios, están de acuerdo con el hecho de que la medicina del futuro tiene que ser adoptar una actuación integral y ofrecer lo mejor de cada corriente, puesto que lo que se persigue es que mejore la salud general y la calidad de vida de la población.

En este sentido, cabe destacar que, lejos de erigirse en sanadores 'todoterreno', los homeópatas de hoy en día tienen muy asumido que hay patologías en las que su especialidad no tiene un papel preminente, teniendo que adoptar un rol paliativo.

«Al igual que las disciplinas alopáticas, la homeopatía tiene sus limitaciones, no hacemos milagros», recalca el secretario de la FEMH.

Así, en casos severos de cáncer o sida, los remedios homeopáticos pueden ayudar al enfermo a sobrellevar la terapia, a minimizar los efectos secundarios de tratamientos agresivos, a soportar el dolor... pero no erradicar la patología de un plumazo.

Asimismo, los actos puramente quirúrgicos o las fracturas óseas tampoco tienen una solución clara con productos homeopáticos. «Nuestros medicamentos pueden facilitar la consolidación del hueso [en este último caso], pero es el traumatólogo el que tiene que ponerlo en su sitio», aclara el especialista homeopático.

El camino que le queda a la comunidad homeopática por recorrer aún es duro. Si logran salvar el obstáculo del reconocimiento oficial generalizado, tendrán que erradicar a los intrusos y regular tanto la formación como la capacitación del ejercicio profesional.

En países como Francia o Alemania, la homeopatía es una disciplina de pleno derecho en las aulas de las facultades de Medicina. En España, ya hay varias universidades (Valladolid, Barcelona, Madrid, Zaragoza, Sevilla...) que imparten cursos de posgrado para médicos titulados.

Posteriormente, quedaría el siempre peliagudo tema económico. En las naciones en las que la homeopatía tiene gran tradición, los sistemas sanitarios asumen parte del gasto que generan estas consultas. En otros países, como Reino Unido o Suiza, la falta de pruebas contundentes a favor de esta disciplina ha hecho que los gobiernos se estén planteando su exclusión de la financiación. De hecho, Suiza ya ha adoptado esta decisión basándose, por ejemplo y entre otros trabajos, en el análisis de 'The' 'Lancet'.

Por su parte, Richar Horton, editor de esta revista ha aprovechado este trabajo para reclamar al National Institute for Health and Clinical Excellence (el equivalente británico de nuestra Agencia de Evaluación de Tecnologías Sanitarias) una evaluación seria de la homeopatía para dejar de financiarla si el resultado es desfavorable.

En España, y aunque algunas aseguradoras privadas ya han comenzado a cubrir estos tratamientos (igual que sesiones de psicoterapia) los que quieran usar homeopatía deben rascarse el bolsillo, al menos por ahora. «Los medicamentos son mucho más baratos que los convencionales, lo que realmente encarece esta práctica es el acto médico, la visita y el tiempo que inviertes en el paciente», sostiene Martín-Ballester.

- [Así curan los homeópatas](#)

Consideraciones éticas

Tanto el panorama descrito, como las limitaciones de los sistemas sanitarios (despersonalización, esperas, masificación...) plantean a los profesionales una serie de cuestiones éticas sobre cómo integrar los tratamientos complementarios en su práctica clínica habitual sin alejarse de una medicina eficaz. En abril de este mismo año, la revista 'Atención' 'Primaria' publicó un interesante artículo al respecto, firmado por Francesc Borrell i Carrió, miembro del Comité de Ética Asistencial del Instituto Catalán de la Salud (Barcelona). En él se concluye que para aunar las prácticas complementarias con la ética rigurosa, es esencial cumplir cuatro principios básicos. Por un lado, el galeno está obligado a **buscar el mejor diagnóstico**. Es decir, ha de recurrir a cuantas exploraciones y herramientas (alopáticas incluso) sean necesarias para poder conocer de la manera más exacta posible la naturaleza y el alcance de la patología que sufre su paciente, incluso aunque eso suponga derivarlo a otras consultas y perderlo como cliente. Además, se debe **aplicar la terapia más probada**. Para ello, «hay que tener mucho coraje y honestidad», escribe el experto puesto que, por ejemplo, este factor puede implicar suministrar medicamentos a individuos que hayan acudido a un médico complementario para no tomar productos alopáticos. También es necesario **huir de la charlatanería**, una de las grandes lacras, junto con el intrusismo, de los procedimientos alternativos. Así, un profesional de este sector no debe abrumar a su paciente con explicaciones demasiado técnicas que no ha pedido, así como no exagerar las propiedades y capacidades de una determinada terapia o producto complementario. Los milagros no existen, ni en la medicina alopática ni en la alternativa. Finalmente, Borrell i Carrió aboga por **compartir los casos difíciles**. La soberbia y prepotencia de la clase médica (afortunadamente en vías de extinción) es legendaria y algunos defensores de estas terapias alternativas tampoco escapan a este defecto. Así, es necesario consultar con otros profesionales los casos que no respondan al tratamiento y las sintomatologías peculiares para, si es oportuno, derivar al paciente a otro médico.

© Mundinteractivos, S.A. - Política de privacidad

C/ Pradillo, 42. 28002 Madrid. ESPAÑA
Tfno.: (34) 915864800 Fax: (34) 915864848
E-mail: cronica@el-mundo.es